

Introducción

Al igual que en tiempos antiguos, hoy en día la idolatría abunda a nuestro alrededor. Muchos dicen conocer a Dios, y estar adorando a Dios, pero la realidad es que si comparamos a estos “dioses” con el Dios verdadero revelado en la Biblia, lo que encontramos son ídolos creados según pensamientos humanos y la corriente de este siglo. No nos estamos refiriendo solamente a las falsas supersticiones y las falsas religiones que existen en diferentes partes del planeta, sino en especial a lo que Jesús ya de antemano nos había prevenido en Su Palabra, al decirnos: “Mirad que nadie os engañe; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán” (Marcos 13:5-6). Hoy hay muchos falsos Cristos ahí afuera que nos están gritando “¡Yo soy el Cristo!” “¡Yo soy el Cristo!” Y como dice la Palabra de Dios, no engañan a unos cuantos nada más. ¡Engañan a muchos! Sin lugar a dudas, estamos viviendo en tiempos finales donde la Palabra de Dios nos previene: “Sabe también esto; que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos” (II Timoteo 3:1). Dios mismo nos está advirtiéndolo: “Mirad que nadie os engañe.” Ante semejante exhortación de Dios, ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo nos aseguramos de no contarnos entre los engañados?

Tenemos un único y firme fundamento en la Palabra de Dios, la cual no cambia. Solamente la Palabra de Dios, revelada a la luz del Espíritu Santo, puede iluminar nuestro caminar para dar pisadas firmes. El Señor nos dice que “El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35), y “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105). Es muy peligroso acercarnos a la Palabra de Dios con nuestros esquemas preconcebidos y forzar unos cuantos versículos bíblicos a conformarse a nuestros prejuicios. Debemos acercarnos a la Palabra de Dios en humildad, con corazones contritos, buscando ser instruidos y moldeados por ella en su totalidad. ¡Bendito sea Dios que nos habla, nos guía, nos previene, y se revela a los que lo buscan con sincero corazón por medio del Espíritu Santo a través de Su Palabra!

Del infinito tesoro que se encuentra en la Palabra de Dios, cuatro verdades (cuatro anclas) en especial forman un firme fundamento incommovible (como las cuatro patas de una mesa) en la vida de todo cristiano para no ser engañado. Al listarlas, puede que estas cuatro verdades (o anclas) suenen sumamente simples y sin mucha importancia, pero al profundizar en cada una de ellas, a la luz de la Palabra de Dios revelada por medio de Su Espíritu, vemos que están llenas de profunda riqueza, y que en muchos casos están diametralmente opuestas a la

corriente de este siglo y a lo que tal vez se nos viene a la mente al considerarlas a primera vista.

Simplemente listadas, estas cuatro anclas bíblicas son las siguientes:

1. Dios me ama
2. Dios es soberano
3. Dios obra todas las cosas para mi bien
4. Mi bien es conocerlo y deleitarme en Él eternamente

Nuevamente, al leerlas así resumidas en una simple lista, lo más probable es que nuestro entendimiento de estas cuatro verdades, tergiversado o por lo menos influenciado por la corriente de este siglo y por la abundancia de idolatría que nos rodea, nos lleve a pensar “¡Oh, esto yo ya lo sé!” Sin embargo, es muy importante corroborar si nuestro entendimiento de estas cuatro verdades está basado en la Palabra de Dios – en la Biblia – o en la falsa corriente de este siglo, sus prejuicios, y la idolatría.

Es mi deseo que a través de este corto documento, el Espíritu Santo alumbré su entendimiento y establezca un firme fundamento vivo en su interior para que pueda combatir cualquier artimaña del Enemigo y emerger más que vencedor en Cristo Jesús nuestro Señor.

1.- Dios Me Ama

Esta frase se escucha tan frecuentemente hoy en día, que lo más probable es que al leerla no nos cause ningún impacto. La falsa doctrina e idolatría de este siglo se han encargado de prácticamente vacunarnos contra esta maravillosa verdad bíblica. La corriente de este siglo nos dice que “Dios ama a todos por igual,” por ende “el que Dios me ame no significa nada especial para mí.” Pero el “dios” que ama a todos los seres humanos por igual y punto, no es el Dios de la biblia. Es un ídolo.

- “¿¡Qué!?” “¡Esto no puede ser verdad!” “¿Estoy entendiendo bien?” – Puede que una avalancha de preguntas, rechazo, y hasta repulsión vengan a la mente al leer estas palabras.

“¡Mi dios ama a todos por igual! ¡Él es un dios imparcial!” Sí, tal vez *tu* dios sea así. El dios que tú has creado o el que la corriente del mundo te ha presentado como dios. Un falso Cristo – un ídolo. Pero la Palabra de Dios nos habla de la clara parcialidad que Dios tiene para con sus hijos (sus escogidos, su pueblo), y de lo maravilloso que es ser amado por Dios de una manera especial – como un Padre ama a sus hijos. Esta es nuestra primera ancla.

En Deuteronomio 7:6 Dios dice:

“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra.”

Dios hace una clara distinción entre Su pueblo y todos los demás pueblos de la tierra. “Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, *más que todos los pueblos que están sobre la tierra.*” A través de toda la Palabra de Dios vemos que hay una clara diferencia entre lo que Dios hace con Su pueblo y a favor de Su pueblo, versus lo que Dios hace con todos los demás pueblos de la tierra y a favor de todos los demás pueblos de la tierra.

El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos de cómo Dios actuó a favor de Israel versus los demás pueblos de la tierra. Esta distinción entre “Israel y todos los demás pueblos de la tierra” es el ejemplo, o la sombra y figura, que Dios utiliza en el Antiguo Testamento para mostrar la realidad espiritual vigente que existe hoy entre “los hijos de Dios y todos los demás seres humanos de la tierra.” La Palabra de Dios nos explica claramente en el Nuevo Testamento, que “No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Romanos 9:8), aclarando así que el ser hijo de Dios y pueblo de Dios no es según la carne, es decir que no está basado en genealogías, ni en nacionalidades, ni en países terrenales, sino que depende de Él, de Su promesa,

de Su designio. Dios le dijo a Moisés: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca” (Romanos 9:15). La Palabra de Dios también nos dice en Efesios 1:5 que Dios, en amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su voluntad.

Ciertamente Dios tiene un inmenso amor general, compasivo y paciente para con todos. Él hace salir su sol sobre malos y buenos y envía lluvia sobre justos e injustos (Mateo 5:45). En este mismo momento hay secuestradores de niños, terroristas, y ateos militantes que están respirando el aire que Dios les da a respirar. Dios les da alimento, techo, vestido, y les permite despertar a un nuevo día, demostrando así una paciencia y misericordia sublimes. Dios sabe perfectamente los deseos e intenciones perversas de sus mentes y corazones. Él no tiene que preguntar o investigar más a fondo antes de tomar una determinación. No tiene que darles el beneficio de la duda ya que tal vez sus intenciones son buenas en el fondo o distintas a lo que Él cree. No. Dios sabe perfectamente que sus malos deseos son para llevar a cabo el mal. Que crujen sus dientes y maquinan maldad contra los justos (Salmo 37:12). Y aunque “Dios está airado todos los días contra el impío” (Salmo 7:11), sin embargo, aun así, Dios les prolonga la vida, les da fuerzas para levantarse cada mañana, y les da comida y bebida. Y aún más, en este Su amor general, Dios les ofrece la salvación eterna en su Hijo Jesucristo gratuitamente. Juan 3:16 dice: “Porque de tal

manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” La Palabra de Dios dice: “A todo aquel que en Él cree” – amor indiscriminado. Oferta a todos sin importar lo que hayan hecho, dicho, o pensado. ¡Sin lugar a dudas, Dios es amor! Este Su amor general, compasivo y paciente, va más allá de lo que podemos imaginar y siquiera entender nosotros como humanos. Dios podría borrar este planeta lleno de pecado ahora mismo, en un abrir y cerrar de ojos, o el universo entero, y Él seguir siendo perfectamente Justo, Santo y Bueno. Este amor general de Dios es tan maravilloso que puede que nos parezca que no hay nada más que añadirle. Podemos pensar que este es el amor de Dios del que todos disfrutamos y punto. No hay nada más. Pero bíblicamente, esto no es así. Un dios cuyo amor solamente llega hasta aquí, no es Él verdadero Dios. Es un ídolo. ¡El amor de Dios para con los suyos es infinitamente superior!

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él” (1 Juan 3:1). Aquí nuevamente la Palabra de Dios nos habla de un tipo de amor diferente y muy especial para con Sus hijos, Su pueblo. El versículo comienza con la palabra “Mirad” – percibir, discernir, darse cuenta – qué tipo de amor específico es el que el Padre ha tenido para con nosotros. Es necesario hacer una pausa y mirar con diligencia cuál es este amor que Dios nos ha dado. Este amor es uno infinitamente superior a Su (ya

maravilloso) amor general. ¿A quiénes es dado este especial amor? A los suyos. A su pueblo. ¡A sus hijos! ¡Ahora nosotros somos llamados hijos de Dios! Y es una diferencia clara y marcada en comparación con el resto de la humanidad. El resto del mundo goza del amor general, compasivo y paciente, de Dios, pero no han recibido ni pueden siquiera comenzar a entender el especial amor que Dios tiene para con los que Él ha adoptado como suyos.

¡No hay comparación! Cuando un padre está en un parque viendo jugar a su hijo en medio de docenas de otros niños, sus ojos están puestos sobre su hijo. Sí, puede que les advierta a todos los niños en general: “¡No vayan a jugar tan cerca de ese hoyo!” o “¡Bájense de esa pared!” “¡Se pueden caer!” Pero si un gran terremoto sacude al parque repentinamente, su inmediata reacción va a ser correr a levantar a su hijo. Aunque tenga que pasar por varios grupos de niños que están jugando más cerca de donde él está, el padre pasará de largo a los otros niños con tal de proteger a su hijo. La Palabra de Dios nos dice en Isaías 43:4: “Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y yo te amé; daré pues hombres por ti, y naciones por tu vida.” ¡Naciones, en plural! ¡No hay comparación! Dios mueve naciones, gobiernos, leyes, empresas, jefes . . . y el mundo entero por Sus hijos.

Ahora bien, puede que la idolatría de este siglo le haya presentado un dios falso que es “padre” de todo ser humano. “¡Todos somos hijos de Dios!” – es lo que se

escucha ahí afuera, pero recordemos el versículo que acabamos de leer – I Juan 3:1. La Palabra de Dios no dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre a todos, para que todos seamos llamados hijos de Dios; por esto nos conocemos todos unos a otros, porque todos somos hijos de Dios y le conocemos.” ¡No! La Palabra de Dios no dice eso. Nuevamente aquí vemos una clara distinción entre el pueblo de Dios – Sus hijos – y los demás pueblos de la tierra – el mundo.

¿Y cuál es el pueblo de Dios? ¿Quiénes son los hijos de Dios? La Palabra de Dios nos dice en el evangelio de Juan 1:12: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” Dios se encarga de que la oferta universal de Juan 3:16 se haga efectiva en los que Él ha escogido para hacerlos Sus hijos a causa de este Su amor único e infinitamente superior a Su amor general. El siguiente versículo (Juan 1:13) nos aclara más diciendo: “Los cuales son engendrados, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” En resumen, los hijos de Dios son engendrados . . . de Dios. Nuevamente, el ser hijo de Dios no está basado en razas, nacionalidades, genealogías, el ADN, ni en la voluntad humana de querer y tratar de ser un hijo de Dios. ¡El ser *hecho* un hijo de Dios depende de Dios, y es el milagro de amor más inimaginable! El sacrificio de Jesucristo hizo de la promesa una realidad. En la cruz se cumplió la promesa. Costó la sangre del hijo de Dios. ¿Son todos beneficiarios de este tipo de amor? ¿Son todos

adoptados a la familia de Dios? No. Ni siquiera es la mayoría o muchos, sino que “muchos son los llamados pero pocos los escogidos” (Mateo 22:14). No depende del que quiere ni del que corre (Romanos 9:16). No hay méritos que alcanzar. No hay montos que pagar. No hay promesas y juramentos que hacer. Depende de Dios. Es por la pura gracia de Dios. La Palabra de Dios dice en Efesios 2:4-5: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecado, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).” ¡Es porque Dios nos amó de una manera única y especial! Él nos ama con un amor infinitamente superior a Su amor general, compasivo y paciente que tiene para con toda su creación. No por obras para que nadie se gloríe sino por Su gran amor con que nos amó, nos dio el don de ser hechos Sus hijos por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro (Efesios 2:8-9).

Vemos que la Palabra de Dios no nos dice que cuando estábamos moribundos, Dios nos dio vida. No cuando estábamos desmayados, o anémicos, o al borde de la muerte. ¡No! Sino cuando estábamos muertos. Sin vida. Éramos incapaces de hacer nada; incapaces de tomar una decisión; incapaces de reflexionar y entender. Y estando muertos, Dios nos dio vida y nos hizo sus hijos a gran precio. ¡No existe amor más grande que este! (Juan 15:13) ¡La Cruz es la demostración de amor más sublime que existe! No hay manera alguna en la cual Dios hubiese podido manifestar su amor por nosotros de una manera más clara

y definitiva. “¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” (Romanos 8:31-32). ¿Puedes sentir ese amor? ¿Puedes ver la Cruz del Calvario y saber que fue por ti? No verla como un sacrificio por la humanidad – por la raza humana en general. La Cruz no fue un sacrificio indiscriminado por la raza humana. Si vemos a la Cruz así, todavía sólo estamos experimentando el amor general, compasivo y paciente que Dios tiene para con todos. Todavía estamos en la oferta de Juan 3:16, a los muertos. Pero nuevamente, ¿Qué puede hacer un muerto ante una oferta? Aunque sea la oferta más maravillosa del universo, el muerto está muerto y no puede hacer nada. Pero a sus hijos Dios les dio vida en Cristo Jesús unilateralmente (Efesios 2:1).

Ahora puedo ver la Cruz del Calvario como el sacrificio por mí. Ahí está pagada *mi* deuda. Ahí están saldados *mis* pecados. Ahí *yo* soy limpiado y adoptado hijo de Dios. Podemos decir como el apóstol Pablo “y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, *el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gálatas 2:20b). ¡Lo hizo por mí! Podemos ver la Cruz de Cristo y descansar en la infinita paz de sabernos hijos de Dios. Adoptados por Dios. Reconciliados con Dios. Amados de Dios.

En el evangelio de Juan, capítulo 17, vemos la oración de Jesús por los suyos: “Yo ruego por ellos; no ruego por el

mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son . . . No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo . . . Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Juan 17:9, 15, 16, y 20). La distinción es clara “*no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son.*” Ahora estamos en el mundo, nos movemos entre los del mundo, pero no somos del mundo. Somos ciudadanos de una patria celestial. Comprados a gran precio. Redimidos por la sangre del Hijo de Dios.

Una de las declaraciones más devastadoras que Jesús mismo hace a los que no creen el Él y le rechazan está en el evangelio de Juan 10:26. Jesús les dice: “pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.” Así de claro y sencillo. En Juan 8:47 Jesús nuevamente pone las cosas en claro diciendo: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.” No nos toca a nosotros juzgar quién es y quién no es de Dios, pero sí es muy importante entender que ahora estamos en un mundo donde hay trigo y también hay cizaña (Mateo 13:36). Un mundo donde hay ovejitas, pero también hay cabritos (Mateo 25:33). Están las ovejas pero están también los lobos (Mateo 10:16). Hay las reinas, concubinas y doncellas, pero está también la “paloma mía, la perfecta mía” (Cantares 6:8-9). No existe nada más maravilloso que ser amado por Dios de una manera individual y especial – por nombre (Apocalipsis 2:17). Esta

es nuestra primera y poderosa ancla. No importan las circunstancias externas ni las emociones internas. Nosotros podemos fluctuar. El amor de Dios no cambia. ¡Estamos seguros en Su amor! Podemos ver la cruz del calvario y entender: ¡Dios! . . . ¡Dios me ama!

2.- Dios es absolutamente soberano

El sabernos amados de Dios es un maravilloso fundamento sobre el cual podemos añadir la segunda ancla bíblica – Dios es absolutamente soberano.

Aquel que nos ama, también reina y gobierna sobre todo lo creado – visible e invisible. “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: *¡Tu Dios reina!*” (Isaías 52:7). ¡Tu Dios! ¡Ese que te ama! ¡El que te escogió y te dio vida! ¡Tu papá! . . . ¡Reina! No existe autoridad por encima de Su autoridad. Reyes, presidentes, doctores, jueces, jefes, demonios, principados, potestades, y Satanás mismo, todos están bajo la autoridad y el poder de tu Papá, que te ama, y más aún, subsisten porque Él los sostiene. La Palabra de Dios nos dice en Colosenses 1:16-17 “Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue

creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten.” La Palabra de Dios no dice que todas las cosas fueron creadas *por* Él y que subsisten *por* Él nada más. La Palabra de Dios va más allá al explicarnos que todas las cosas fueron creadas *en* Él y subsisten *en* Él. ¡Qué gran diferencia! ¿Verdad? Nuevamente, la idolatría de este siglo puede que le haya presentado un ídolo que existe externo a su creación. Un “dios” que habita en un lugar distante y que observa y obra sobre su creación la cual subsiste fuera de él, una creación que es independiente de él, pero eso no es lo que la Palabra de Dios enseña. Así como una novela existe y subsiste en la mente y en el corazón de su autor, y así como en esa novela no puede ocurrir nada que el autor no quiera que ocurra, así toda la creación – visible e invisible – existe y subsiste *en* Dios. El Autor de la novela piensa, crea, y se deleita en agregar a su novela capítulos alegres y capítulos tristes, capítulos apacibles y capítulos dramáticos, capítulos donde puede parecer que el mal va a ganar, pero en ningún momento pierde el control de su novela. Él hace que todo en la novela obre para resaltar el final sublime que Él se imaginó aún antes de siquiera comenzar a escribir Su novela. La Palabra de Dios nos dice en Isaías 46:9b-10 “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a Mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero.” El autor es absolutamente soberano sobre su libro. Si él quiere que el encuentro de los novios se dé en una hermosa pradera

verde, con mariposas multicolores revoloteando alrededor de ellos durante un perfecto día soleado de primavera, es imposible que ese día pase un huracán imprevisto en su novela. El autor hace y determina según su voluntad todo lo que pasa en su libro, y ningún personaje o circunstancia en su libro puede oponerse a su voluntad. La Palabra de Dios nos dice en Daniel 4:35 “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y [Dios] hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” Y el salmo 135:5-6 nos dice: “Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses. Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.” *Todo* lo que Jehová quiere lo hace. *Todo*. No la mayoría de las cosas, ni casi todo. ¡Todo! Absolutamente todo. ¿Dónde? “En los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.” La Palabra de Dios no se está refiriendo nada más a lo que acontece en el planeta tierra, ni en el universo material. La Palabra de Dios lo abarca todo – visible e invisible, físico y espiritual, el cielo, la tierra, y el infierno. Nadie ni nada escapa a Su soberanía. Nada ni nadie existe fuera de Él. “YO SOY EL QUE SOY” – ese es mi nombre, dice el Señor (Éxodo 3:14).

Estas son las buenas nuevas del evangelio que la Palabra de Dios resalta en Romanos 10:15 “Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de la paz, que predicán el evangelio de los bienes!”

Verdaderamente qué preciosos son los mensajeros que anuncian las buenas nuevas de Dios, que proclaman al pueblo de Dios, a los hijos de Dios: “¡Él Reina!” “¡Papá gobierna todo!” “¡Él es el autor de la novela, y nosotros somos personajes amados en Su novela!”

En esta Su soberanía, Él te amó y desarrolló en Su novela la obra más maravillosa de salvación que jamás nadie se hubiese podido imaginar a tu favor y para la gloria del héroe de Su novela que es Su Hijo Jesucristo.

La Palabra de Dios nos dice en Efesios 1:3-6:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo aceptos en el Amado”

Aquí vemos uno de los resúmenes más precisos y completos en toda la Palabra de Dios a cerca del plan y propósito soberano de Dios para con Su creación – Su obra, Su novela.

- ¿Qué hizo? – Nos bendijo y nos escogió en Él antes de la fundación del mundo – Antes de poner en marcha Su creación. Antes de decir: “¡Hágase la luz!” Antes de escribir la primera palabra en Su novela, ya Dios nos había amado, bendecido, y escogido en el héroe principal de Su novela – ¡En Cristo Jesús!
- ¿Para qué? – Para que seamos para alabanza de la gloria de Su gracia. “En estos” – dijo el Autor – “voy a mostrar la maravillosa magnificencia de mi gracia, haciéndolos santos y sin mancha delante de mi presencia que todo lo ve y escudriña. Y no sólo esto. Los adoptaré por hijos por medio del héroe principal de mi novela – ¡Por medio de mi Hijo Jesucristo!”
- ¿Por qué? – Lo hizo por el puro “beneplácito de su voluntad.” Nadie lo obligó o lo convenció de hacer esta Su obra. No lo hizo por alguna necesidad. No fue porque se sentía sólo. Lo hizo porque así de glorioso es Él. Por la superabundancia de su amor quiso bendecirnos mostrándonos ese resplandor de su gloria en el héroe principal de Su novela – ¡En Cristo Jesús!

Es a la luz de esta realidad que podemos caminar seguros cada día. Entender que la Palabra de Dios no se equivoca al hablar en tiempo pasado y decir que Dios “nos bendijo con

toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.” ¡Hecho es! Él así lo quiso. Él así lo dispuso. Él es absolutamente soberano. Nada ni nadie puede estorbar lo que Él se propone, ni mucho menos descarriar Su plan que Él ya determinó antes de la fundación del mundo. ¡Bendito nuestro Dios y Padre que es todopoderoso y absolutamente soberano sobre todo! ¡En Él estamos seguros! Esta es nuestra segunda y firme ancla de fe.

3.- Él dispone de todas las cosas para mi bien

El sabernos amados de Dios – el Dios absolutamente soberano, que no solamente reina sino que también gobierna sobre toda su creación, visible e invisible – es la base para establecer nuestra tercera ancla bíblica. Un ancla muy importante contra la corriente de este siglo y la idolatría que llevan a muchos al error de pensar que, Él será nuestro “genio de la lámpara” que se encargará de que todos nuestros sueños se hagan realidad. ¡No! Este no es el Dios de la Biblia. Este es un ídolo y un falso Cristo.

Sí, es verdad que Dios nos ama. Sí, Él es absolutamente soberano sobre todo. Y sí la Palabra de Dios nos da promesas de incalculable valor en las cuales podemos confiar. Pero es sumamente importante entender que las promesas de Dios van más allá de lo que podemos percibir a primera vista o entender a primera instancia. Al

profundizar en ellas encontramos que las promesas de Dios son infinitamente superiores a las promesas que un genio de una lámpara podría hacer. La Palabra de Dios nos dice en Romanos 8:28 que “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados.” Cuando Dios nos manda a confiar plenamente en Él, y nos asegura que Él dispone de todas las cosas para nuestro bien, Él está hablando de nuestro bien supremo y eterno de acuerdo a Su propósito, no de un bien superficial y temporal de acuerdo a nuestros propósitos. Aquí la Palabra de Dios nos habla de un propósito específico que Dios tiene, en amor, para con los que Él ha escogido. En su novela Dios diseña y designa cada circunstancia para resaltar el mensaje específico que Él quiere transmitir. Nunca diseñará una situación para la destrucción de aquel a quien Él ama. Es importante sobresaltar el lenguaje que Dios utiliza en su Palabra. Cuando Dios dice “todas las cosas les ayudan a bien,” Él se está refiriendo a ¡Todas las cosas! ¡Absolutamente todas! Es asombroso poder entender que cuando nos presentemos delante de Dios en aquel día, y por fin podamos ver todo claramente tal y como es, y no como lo vemos ahora, oscuramente como por espejo borroso (I Corintios 13:12), y veamos hacia atrás a la vida que vivimos mientras estuvimos en este mundo, no encontraremos un solo evento, una sola circunstancia, algo que Dios permitiese en nuestras vidas para nuestra destrucción. Veremos que todo lo que Él permitió y diseño fue para nuestro bien. Siempre. Cada segundo de cada

minuto de cada hora de cada día de nuestras vidas, Dios nos estaba protegiendo y guardando. Pese a nuestra extraordinaria debilidad y torpeza, y a pesar de la formidable astucia y poder de nuestros enemigos – la carne, el mundo, el diablo y sus demonios – veremos que a Dios no se le perdió ni un cabello de nuestras cabezas (Lucas 21:18). Jesús nos dice en Juan 10:27-30 que “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.” Estamos en la mano de Dios. Nada ni nadie nos puede arrebatar de Su mano. ¡Él es mayor que todos!

Así es que en aquel día veremos que todo lo que Dios permitió en nuestras vidas – mientras estábamos en Su mano – nos ayudó a bien. Aquella enfermedad que nos mandó al hospital; la pérdida de aquel ser querido; aquel accidente automovilístico; ese jefe difícil en la empresa; y todo lo demás, sin excluir cosa o evento alguno, todo nos ayudó a bien. Esto es, todo sirvió para guardarnos, prepararnos, guiarnos, y preservarnos para el bien eterno que tendremos por delante. Una madre lleva a su hijo al médico a que le pongan una vacuna para el bien del niño. Por un instante el niño sentirá el dolor de la vacuna, pero el bien que esa vacuna trae le durará toda la vida. De la misma manera Dios está interesado en el bien eterno de nuestra alma, aun si ese bien tiene que venir a través de aflicciones

temporales en nuestro cuerpo. La Palabra de Dios nos dice en II Corintios 4:17 que “esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria;” La tribulación temporal está siendo usada para *producir* algo maravilloso en nosotros. ¡Es para nuestro bien! El verso 18 continúa diciendo “no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” ¡Que Dios nos permita vivir vidas que tienen los ojos puestos en las cosas eternas que no se ven! Sólo así podremos menospreciar nuestras vidas durante este peregrinaje momentáneo (Apocalipsis 12:11).

El Salmo 121:7 nos afirma: “Jehová te guardará de todo mal; Él guardará tu alma.” ¡Bendito Dios que somos guardados de todo mal! Él guarda nuestra alma, no necesariamente nuestra salud, o nuestras finanzas, o nuestras relaciones; no lo temporal. Dios guarda tu alma – que es inmortal – de todo mal, y dispone de todas las cosas para el bien eterno de tu alma. Cuando Dios dice “todo” es todo, no la mayoría o por lo general.

Ahora bien, si Dios nos diera una lista de todo lo que somos y tenemos, y nos diría: “Yo me comprometo a guardar y proteger una de estas cosas en la lista de todo mal.” ¿Cuál de todas quisiéramos que Él guarde? Y vemos que la lista es muy larga. Ahí están tu salud, tu familia, tus finanzas, tu prestigio, tus relaciones, tu fama, tu figura, tu inteligencia, etc., etc., y también tu alma. ¿Podríamos pedir por otra

cosa que no sea nuestra alma? No me puedo imaginar pedirle a Dios que guarde alguna otra cosa. Clamaría con todo mi corazón: “¡Oh Dios mío!” “¡Por favor guarda mi alma!” “¡Todo lo puedo perder pero no mi alma Señor mío!” “¡Guárdala por encima de todo lo demás!” ¿Verdad? Todo lo demás es temporal. Todo lo demás se acabará en unos cuantos años más. No así mi alma. Mi alma es inmortal. ¡Bendito sea Dios que Él lo sabe, y en el Salmo 121 nos promete guardar nuestra alma! Dios dice que no se dormirá ni se adormecerá, que Él será nuestra sombra a nuestra mano derecha (Salmo 121). ¡Qué paz! ¡Qué gozo! ¡Mi alma está segura en Él!

Nuevamente, en Lucas 21:18 Dios nos dice que en el fin de los tiempos, antes de la venida del Hijo del Hombre, “. . . seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. *Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.*” En otras palabras Dios nos está diciendo que “no te pasará nada que Yo no quiera que te pase.” “Puede que te odien, puede que te traicionen, inclusive puede que te maten, pero Yo tengo tus cabellos contados, y ni uno de ellos se cae si Yo no quiero. Yo no me duermo ni me adormezco.”

- “¡Confía en Mí!”
- “Estás en mi mano y esto es para tu bien eterno. De otra manera Yo no lo estaría permitiendo.”
- “Recuerda, esta es mi novela.”

- “Yo soy el autor.”
- “Mira la cruz.”
- “¡Yo te amo!”

4.- Mi bien es conocerlo y disfrutar de Él

Esto nos lleva a la cuarta y más maravillosa ancla de este corto documento. El entender que soy amado por Dios, que Él es el Rey supremo quien gobierna sobre todo y sobre todos, y que Él hace que todas las cosas en su reino obren para mi bien, es sin lugar a dudas maravilloso, pero no llega a tener su total efecto espectacular si yo no entiendo cuál es ese *mi bien* al que la Palabra de Dios se está refiriendo. Una vez más, puede que la idolatría y las falsas doctrinas que se escuchan hoy en día nos hayan pintado un destino eterno que es conforme a pensamientos humanos y la corriente de este siglo. Tal vez nuestra idea de la eternidad está basado en películas que hemos visto o en cuentos que nos han contado, o en verdades bíblicas parciales que están limitadas a nuestras experiencias aquí en el planeta tierra. Puede que lo que hemos escuchado nos lleve a pensar – “Dios nos salvó en la Cruz del Calvario para restaurarnos a nuestro estado inicial, antes de la caída en el Jardín del Edén, más todos los confortes de este siglo añadidos.” En otras palabras, puede que pensemos incorrectamente que: “en el cielo vamos a estar con todos nuestros seres queridos, sin enfermedades ni dolores, siempre jóvenes,

viviendo en unas mansiones enormes con muebles muy confortables, disfrutando de paisajes espectaculares con campos verdes y manantiales de aguas cristalinas, con animales que no nos harán daño, y gozando del amor, servicio, y generosidad de todos los que estarán allí por siempre.” Déjeme decirle que este no es el bien supremo del que habla la Palabra de Dios. Puede que esta sea la utopía más sublime que el ser humano se pueda imaginar, pero ni siquiera comienza a asomarse a lo que Dios ha preparado para los que esperan en Él. Para comenzar, esta utopía que acabamos de describir no incluye a Jesucristo, no es bíblica, y a la luz de lo que la Palabra de Dios sí nos dice a cerca de la eternidad, me atrevería a decir que hasta es una deshonra a Dios. Aunque podríamos incluir a Jesús en esta nuestra utopía, y decir: “Pero por supuesto que este bello paraíso será con Jesús.” “¡Él será el Rey!” Jesús sólo vendría a ser un componente más en esta nuestra limitada y pobre versión de la eternidad.

La Palabra de Dios nos explica y también nos previene en I Corintios 2:9-10 que: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” Estos versos nos explican que es Dios mismo, por medio de su Espíritu, el que nos revela lo que Él ha preparado para nosotros que le amamos – para Sus hijos. Pero también nos previene a no hacer conjeturas humanas al decirnos que estas son cosas

que ningún ojo ha visto ni oído ha escuchado jamás. Ni siquiera han subido en el más inspirado de los corazones humanos. Entonces, si bien no podemos ni siquiera comenzar a imaginarnos lo que Dios ha preparado para nosotros, sus hijos, la Palabra de Dios sí nos habla, y nos revela bastante, a cerca de la realidad eterna hacia la cual estamos caminando, con Dios mismo como el bien supremo y la meta suprema de la eternidad.

Déjeme explicarle, en la oración de Jesús por los suyos en Juan 17:24, Él pide: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.” La petición no es que estemos en un campo verde con mariposas. La petición es que estemos con Jesús . . . ¿Para qué? ¡Para ver su gloria! Ni siquiera los ángeles y serafines, seres extraordinariamente más poderosos que nosotros, pueden ver la gloria de Dios. En Isaías 6:2-3 la Palabra de Dios nos dice lo siguiente: “Por encima de [Dios] había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.” Mientras alaban a Dios, los serafines utilizan cuatro de sus seis alas para cubrirse el rostro y los pies porque no pueden exponerse a la gloria de Dios. ¡Y a nosotros nos va a ser concedido el ver Su gloria, por Jesucristo, sin ser desintegrados! ¡Aleluya!

¿Qué significa estar donde Él está? ¿Qué significa ver Su gloria? No podemos ni comenzar a imaginarnos. Sólo sabemos que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre alguno jamás. Pero es lo que el Espíritu Santo nos revela que Dios ha preparado para nosotros que le amamos. Más aún, Dios nos dice en su Palabra en I Juan 3:2: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.”

¿Qué diría si yo le dijera que usted va a conocer todo Estados Unidos, de norte a sur y de este a oeste? Y no nada más de paso, sino así como conoce su dormitorio, así como conoce su casa, conocerá todo el país, a cabalidad, tal como es. Cada carretera, cada restaurante, cada montaña, cada parque. Hasta el callejón más escondido en una de las ciudades más pequeñas de la frontera del país. Usted va a conocer cada centímetro cuadrado de los Estados Unidos. Todo. Creo que usted me respondería sorprendido: “¡Eso es imposible!” “Ni aunque pasara caminando y viajando cada minuto de mi vida, no me alcanzaría toda mi vida para conocer cada centímetro cuadrado de todos los condados y ciudades de los Estados Unidos.” “Necesitaría vivir más de 100 años.” ¿Verdad? Ahora, que tal si le diría que usted va a conocer todo el mar. Todo lo profundo, todo lo ancho, cada centímetro cúbico, las profundas cavernas, los hermosos arrecifes, todo. Usted lo conocerá todo. Creo que con más sorpresa me respondería: “¡Eso sí que es

imposible!” “No sólo necesitaría de cientos de años para surcar todo el inmenso mar, sino que tendría que poder respirar bajo el agua, y mi cuerpo tendría que ser transformado para resistir la tremenda presión del agua y poder descender y conocer las partes más profundas del océano, y también tendría que tener ojos que puedan ver en completa oscuridad porque hasta allí no penetran los rayos del sol, y etc., etc.” ¿Verdad? Y ahora qué tal si lo llevamos más allá, y le diría que usted va a conocer todo el universo, cada planeta, todos los asteroides, cada estrella, cada galaxia, nebulosa, cuásar, agujero negro, a miles de años luz de distancia. Todo. ¡Lo conocerá todo tal como es! Así como conoce su casa. Aquí sí que se reiría y me diría: “¡Tendría que ser completamente transformado!” “Tendría que vivir millones y millones de años.” “Ni aunque fuera un superhombre, más rápido que la luz, podría conocer todo el universo como conozco mi casa.” “¡Es imposible!” ¿Verdad?

¿Y conocer a Dios?

Conocer al Creador y Sustentador de todo el universo. ¿Tal como Él es? Esto es lo que la Palabra de Dios nos promete: “le veremos tal como Él es.” ¿Cómo puede ser? Es completamente imposible. Un ser limitado, débil y mortal no puede conocer a Dios. Un personaje de una novela, no puede conocer a su Autor. Son dos realidades distintas. El personaje tendría que salir de las páginas del libro y ser transformado a la naturaleza de su Autor para poder

siquiera comenzar a entender y conocer a su Autor. ¿Verdad? Por eso es que la Palabra de Dios nos dice que “cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él.” ¿Qué? ¿Estoy entendiendo bien? ¿La Palabra de Dios nos está diciendo que seremos semejantes . . . a Dios (No Dioses. Pero semejantes a Dios.)? ¡Sí, esto es lo que Dios ha preparado para los que le amamos! Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido a corazón de hombre. La Palabra de Dios, en I Corintios 15:40-43, nos dice:

“Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder.”

¡Gloria a Dios! ¿Alguna vez ha visto a los grandes árboles Sequoia? ¡Vea sus fotografías! Se cree que viven más de 3,000 años, tienen troncos de más de 12 metros de diámetro, llegan a medir casi 100 metros de altura, y pesan más de 2.5 millones de libras. ¿De dónde germinan? De una pequeña semilla que no mide más de 10 milímetros de diámetro. Es parecida a una pequeña hojuela de maíz que

cabe en la yema de un dedo. ¡Bendito Dios que nos deja semejante ilustración en Su creación! Ahora somos como esas semillitas de menos de 10 milímetros. Pero no nos podemos ni imaginar lo que seremos. ¿No es esto lo que acabamos de leer en I Juan 3:2?: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser.” ¡No hay comparación! Después que esta nuestra semillita sea sembrada en corrupción, en deshonra, y en debilidad, resucitaremos en incorrupción, en gloria, y en poder.

¡La promesa de Dios es magnífica y lo abarca todo! Comprende dónde vamos a estar, con quién vamos a estar, y qué vamos a ser. En Apocalipsis 21:9-11, ya casi en los últimos versos de la Biblia, Dios nos da la siguiente poderosísima ilustración para hablarnos de la consumación de Su plan eterno. Nos da la imagen de una boda, de un Novio (Jesucristo) y su novia (la Iglesia):

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y hablo conmigo diciendo: Ven acá, y yo te mostraré la desposada, la esposa del cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad Santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.”

¡Que ilustración tan maravillosa! Nos dice que el ángel le mostró a la esposa del Cordero, la Jerusalén Celestial, (los hijos de Dios; la iglesia de Dios) “que descendía del cielo, de Dios, *teniendo la gloria de Dios.*” ¡La Palabra de Dios nos está diciendo que nosotros – la iglesia – vamos a ser partícipes de la gloria de Dios! Nuevamente se despierta en nosotros un “¿¡Qué!?” “¿Está la Biblia correcta?” ¡Claro que sí! Esto es lo que el Espíritu Santo nos revela en Su Palabra. I Pedro 5:1 nos dice que somos “participantes de la gloria que ha de ser revelada.” ¿Qué significa esto? ¿Cómo hago para comenzar siquiera a entender lo que esto implica? ¿Lo que voy a ver, lo que voy a sentir, lo que voy a experimentar al estar envuelto en la gloria de Dios, y como su esposa, al hacerme uno con Él? ¡Verdaderamente, este es un misterio muy grande! (Efesios 5:32) Déjeme decirle que nadie se lo va a poder explicar aquí, mientras estamos en la novela. ¿Cómo va a ser el salir de esta realidad temporal a la realidad eterna en la cual Dios siempre estuvo, está, y siempre estará? ¿Cómo va a ser el ver Su gloria, y el tener Su gloria? ¿El ser semejantes a Él? ¿Ver a Dios cara a cara y conocerle así como soy conocido? (I Corintios 13:12) Verdaderamente ni ojo vio, no oído oyó, ni ha subido a corazón de hombre, pero por el Espíritu Santo la Palabra de Dios nos revela que esto es lo que estaba en el corazón del Autor desde un principio, porque “el Espíritu de Dios todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.”

Es en dirección a esta realidad que estamos caminando cada día. Es a la luz de esta promesa de Dios que podemos vencer al mundo. No dejar que nuestros corazones se carguen de los afanes de esta vida (Lucas 21:34). Entender que Dios nos ha llamado a vencer el mundo (Apocalipsis 12:11), no a conquistar el mundo, no a ganar el mundo (Mateo 16:26). A la luz de esta esperanza es que podemos entender por qué la Palabra de Dios nos dice que “Cualquiera, pues, que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4). Y también que “si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (I Corintios 15:19). Nuestra esperanza en Cristo Jesús va mucho más allá de esta vida. Nuestros ojos están puestos en Él. Ya pronto le veremos. Ya pronto estaremos con Él. Ya pronto nuestro débil y corruptible ser será transformado a la semejanza de Dios para poder estar con Él y verle tal como Él es.

Refiriéndose a lo que acabamos de hablar, la Palabra de Dios nos dice en I Juan 3:3 “Y cualquiera que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro.” ¡Esta es nuestra esperanza! No existe mayor esperanza que la que Dios ha preparado para los que le amamos. Nuestro anhelo es ser puros. (I Juan 3:3) Es ser limpios. (Mateo 5:8) Es estar preparados y velando (Lucas 12:37), a la expectativa de esta sublime realidad que se aproxima. Nuestro Dios está a la puerta. “He aquí yo vengo pronto, y

mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según su obra” (Apocalipsis 22:12). ¡Amén; sí, ven, Señor Jesús!

Esta es nuestra poderosa y cuarta ancla bíblica. ¡Gloria a Dios por su Palabra que es inerrante e infalible, que nunca pasa sino que permanece por los siglos, que es viva y eficaz, y que nunca vuelve a Él vacía sino que hará la obra para la cual fue enviada! (Isaías 55:11)

Conclusión

Es mi oración que a través de estas verdades bíblicas, su hambre por la Palabra de Dios crezca (Mateo 4:4), y que al leerla pueda deleitarse sobremanera entendiéndola a la luz de estas firmes anclas de nuestra fe:

- Dios me ama
- Dios es soberano
- Dios obra todas las cosas para mi bien
- Mi bien es conocerlo y deleitarme en Él eternamente

¡Amén y amén!